

Entre Leyendas



Lourdes Tello



A una gran amiga que creyó en mi capacidad y me retó a plasmar mis ideas en una novela. Gracias, Alicia Cos, porque tuya fue la chispa que encendió la mecha de *Entre leyendas*.

A mi marido y a mis hijos, que me aportan la alegría y el bienestar que necesito para soñar.

Entre leyendas

Lourdes Tello

Entre leyendas

Primera edición: septiembre 2018.

Autora: Lourdes Tello.

Maquetación: José Luis Pastor.

Editado por: Suseya ediciones

www.suseyaediciones.com

info@suseyaediciones.com

Impreso en España en el año 2018.

Índice

Agradecimientos

- I La gran sorpresa
- II Un reencuentro tormentoso
- III Algo insólito
- IV La escapada
- V La ilusión
- VI Las consecuencias
- VII Complicaciones
- VIII Inesperada invitación
- IX La sombra de la duda
- X La indecisión
- XI ¿Por qué no me lo dijiste?
- XII ¿Esto es real?

Agradecimientos

Creo firmemente que cada escrito refleja una parte del alma de las personas que lo hacen posible. Muchos familiares y amigos han hecho posible esta historia, pero entre todos ellos quiero destacar tres.

La Real Academia de la Lengua Española recoge como guía a aquella persona que enseña y dirige a otra para hacer o lograr lo que se propone. Esa persona ha sido Santiago Eximeno, que ha revisado, corregido y guiado con paciencia cada tropiezo en el largo camino que ha sido escribir *Entre leyendas*.

No puedo olvidar agradecerle a mi madre que haya leído una y otra vez cada uno de los manuscritos que le he entregado, y que me haya incitado a continuar cuando me desanimaba.

A mi marido, que estoicamente ha compartido mis conversaciones monotemáticas y mis momentos de abstracción.

I

La gran sorpresa

El verano había sido caluroso y seco, como acostumbraba en esta época del año. Madrid era una ciudad maravillosa para vivir, pero sufría la inclemente contaminación. Ese año, por culpa del pago de mi matrícula y de la dichosa lavadora, que había decidido terminar de fastidiarla rompiéndose, no habíamos podido salir de la ciudad. Según nos había dicho el técnico, la culpa era de la obsolescencia programada; las grandes firmas aseguraban así sus futuras ventas, provocando nuestro confinamiento en el asfalto.

Se aproximaba el comienzo de las clases. Había tenido la suerte de poder acceder a la Universidad Europea gracias a una cuantiosa beca para estudiantes brillantes que daba la empresa en la que trabajaba mi madre. No perder mi beca y el comienzo de las clases eran los motivos por los que había empezado a sufrir problemas de insomnio y estomacales, provocados, según el médico, por ataques de ansiedad. Aunque me parecía increíble que una chica de diecinueve años pudiera sufrir esa enfermedad, intenté, en la medida de lo posible, practicar actividades relajantes, como los paseos por el parque, con los que, además de aprovechar los beneficios del sol, lograba distraerme del aburrimiento provocado por la soledad. Disfrutaba tumbándome en el césped y escuchando los múltiples sonidos de mi entorno, que normalmente me ayudaban a centrarme en mis metas e incluso a aceptar mi pasado, pero hoy no estaba siendo un buen día.

Allí estaba, sentada frente a la fuente, mi lugar preferido del parque desde niña, sin que mis ejercicios respiratorios hicieran nada por mí. Había contado hasta diez, imaginado la pantalla blanca e intentado visualizarme brillante y exitosa, tal y como Clara me había instruido, pero la presión que sentía con la cercanía del inicio de curso, la obligación de mantener una altísima nota media durante el año para mantener mi beca, la idea de conocer gente nueva y de buscar un trabajo (algo a lo que mi madre se opondría con total seguridad) que me ayudase a pagar la carrera me impedía respirar y me agarrotaba los músculos. Debía encontrar la forma de hacerle entender que era importante para mí ayudarla con los pagos de una universidad privada. Me sentía culpable por no colaborar. Nosotras nunca andábamos sobradas de dinero e iba a ser un esfuerzo tremendo para una mujer que se había permitido muy pocos lujos en la vida desde que yo había nacido, pero hoy no iba a encontrar la solución. Ese día todo me molestaba e irritaba: el repiqueo de las gotas de agua de la fuente en el estanque, el vuelo de los pájaros y el sonido de su canto; incluso la gente a mi alrededor, paseando, corriendo, circulando en bicicleta. La única opción que me quedaba era encerrarme en casa y dejar que mis nervios me consumieran.

—¡Gloria, Gloria! —gritó en ese momento Clara.

Sospechaba que me habría estado buscando toda la mañana y, después de comer, al no haber conseguido su propósito, acudía impaciente a mi rincón favorito con la intención de regañarme por no haber tenido noticias mías.

Esperaba que entendiera que yo necesitaba estar sola y reflexionar; dentro de poco empezarán las clases. Yo sabía que era ridículo porque ya no era una niña, o al menos eso me decía. Empezaba un nuevo ciclo, tenía la oportunidad de estudiar lo que quería y donde quería, además de poder cambiar mi forma de vida, mi imagen. Allí nadie conocería a la insignificante Gloria, el ratón de biblioteca, como muchos me llamaban. Nadie me juzgaría por ser demasiado callada o por sentirme cohibida ante los demás chicos. Aquel era un lugar enorme donde por fin sería una más.

Además tenía a Clara, que prometía ser mi punto de apoyo, mi salvación. Aun así, tenía miedo: nunca me había resultado fácil relacionarme, y si además añadíamos todos los cambios que ansiaba, la tarea me aterraba.

—¡Gloria! Te he estado llamando toda la mañana. Es increíble que no me hayas cogido el teléfono. ¡Por Dios, casi me pilla Fernando llamando desde el trabajo! ¿Por qué no piensas un poco en los demás?

No podía decirle que había guardado el móvil en el bolso para no oírlo. Clara no comprendería que no tuviera fuerzas para hablar con nadie, ni siquiera con ella. No aceptaría que no quisiera responder su interminable lista de preguntas, las mismas que se habían repetido en casa, hora tras hora, desde el domingo.

Clara había empezado a trabajar hacía cosa de un mes en El Viejo Arcano, una tienda de artículos de ocultismo. A su padre no le había hecho ninguna gracia porque deseaba que dedicara su tiempo a estudiar, no era necesario que ella trabajase para obtener ingresos extras. Aun así, mi amiga estaba excitadísima con su trabajo y cada día tenía una anécdota que contar, pero hoy yo no tenía ánimos para escuchar historias sobre elixires de amor o rituales para ahuyentar a un novio pesado. Hoy solo quería regocijarme en mi miseria para comprobar si la famosa teoría para afrontar los miedos funcionaba o era solo una tontería más.

—Hola —dije sin demasiado entusiasmo, cosa que ella notó en cuanto me vio—. ¿Cómo te fue hoy en la tienda? ¿Algo nuevo? ¿Algún potingue milagroso que te ayude a lidiar con mi mal humor?

—¡Claro que sí! Hoy llegó un envío especial con una etiqueta en la que se leía: «envío urgente para Gloria», y dentro estaba este precioso lazo rojo que llevo al cuello. No entiendo cómo no has reparado en ello. Soy un maravilloso ahuyentador de malas ondas. —Clara rio.

Bueno, al menos una de las dos siempre aportaba el punto divertido a nuestras conversaciones.

—Ahora en serio, Gloria, estaba muy preocupada.

—Bueno, pues estoy bien, ya lo ves. Ahora dime, ¿cómo te fue?

—Estoy feliz en ese pequeño rincón del barrio. Cada vez que abro la tienda de Fernando respiro magia y bienestar.

Fernando era el jefe de Clara, un hombre pequeño y rechoncho que usaba unas minúsculas gafas redondas que dulcificaban su carácter gruñón y huraño. Rondaba los sesenta y cinco y en su cabeza asomaban los primeros indicios de la calvicie. Le gustaba el orden, cosa necesaria en aquel recinto lleno de libros, piedras, líquidos, hierbas y raíces de los cuales yo no sabía nada, pero que a Clara le resultaban maravillosos.

—Hoy nos llegó un material muy bueno relacionado con la astrología. Realmente me gusta este trabajo, no sé por qué me matriculé en Periodismo cuando debería haber enfocado mi vida hacia los astros y sus misterios. Aunque el mundo también necesita periodistas que proporcionen información alternativa. Al fin y al cabo, no todo se rige por la política, la bolsa, la religión y el mundo rosa.

—Estoy segura de ello.

Era cierto que ella estaba encantada en aquel recinto lleno de olor a incienso. Mi amiga amaba la noche, la ilusión de la magia, el romanticismo de lo oculto. Estaba enamorada del amor, de la vida, y yo me sentía culpable de que se hubiera matriculado en Periodismo por estar a mi lado. Era la carrera que yo deseaba hacer, aunque no me imaginase como corresponsal de guerra en Afganistán, la verdad.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa? Mamá estará preocupada —dije.

Sabía que no era cierto: había llamado a mi madre hacía cosa de una hora para decirle dónde estaba. Ella sabía, igual que Clara, que me gustaba sentarme en el parque del barrio a contemplar el pequeño estanque de patos. Desde que papá se había ido, aquel lugar me relajaba. El ruido del agua y la tranquilidad de los animales calmaban mi ansiedad. Él nos dejó cuando yo era muy niña. Mis padres tenían grandes discusiones y, por su bien y el mío, decidieron que

sus vidas estarían mejor separadas. La pena es que no pidieran mi opinión, pero imagino que es algo que los padres no toman en consideración. Él se fue a vivir al norte, era representante de una firma de frigoríficos industriales y parte de su trabajo le obligaba a llevar una vida itinerante.

—¡Sí! Perfecto. No me apetecía demasiado pasar el día en el parque y además hace una tarde perfecta para pasear, así que podemos ir de tiendas. Me gustaría comprar algo que pudiera estrenar el lunes. Algo nuevo y sugerente que diga lo maravilloso que es entablar una conversación conmigo. Estrenar algo siempre da suerte cuando emprendes nuevos proyectos.

—¿Estás segura? Porque nunca antes te lo había oído decir.

—¡Ja! —rio—. Pues la verdad es que no lo sé, pero me encanta la idea de tener algo nuevo para el primer día que entremos en la facultad, algo que me haga especial. Siempre es bueno tener un motivo para estrenar, ¿no crees?

Me reí. La quería con todo mi corazón, era como la hermana que no tenía: siempre a mi lado, siempre cerca de mis sentimientos, allanando el camino para que todo me fuera más sencillo. Pero tenía razón, el lunes no me importaría estrenar un enorme saco donde poder meterme, ser invisible y que no me vieran. Claro que normalmente tampoco lo hacían. Con el paso del tiempo yo había logrado ser una experta del camuflaje, o al menos eso quería pensar, porque imaginar que la gente no me veía era demasiado cruel hasta para mi mente retorcida. No es que sufriera depresiones estudiantiles, no es que me sintiera tonta. Simplemente no me gustaba llamar la atención.

—Clara, ¿tienes ya el horario? ¿Sabes el camino? ¿Y la hora a la que tenemos que salir de casa? Porque no me gustaría que el primer día nos perdiésemos o llegásemos tarde. Sé que eres un desastre y que el domingo, cuando te des cuenta de que tienes que despertarte a las seis y media de la mañana, pensarás que esta vida es cruel contigo e intentarás lo que sea para que retrasemos la salida. Y

llegaremos tarde. Y eso será demasiado para mí, y lo sabes. Ya estoy hiperventilando solo de pensarlo.

Entrar en un aula cerrada llena de gente y que todos se vuelvan para vernos llegar tarde sería algo por lo que ni Clara ni mi madre podrían hacerme pasar.

—No —decía Clara mientras miraba al cielo con expresión soñadora—. Tranquila, es un gran día para nosotras, es el comienzo del camino, la maduración de nuestro «yo», el sendero que seguiremos para la culminación de nuestras carreras. —Me miró cariñosamente mientras me abrazaba—. Estoy de broma, no me mires con la boca abierta. Por supuesto que no permitiré que nadie pueda ver a la apocada Gloria roja como un tomate por llegar tarde.

—¡Ja, ja, ja! ¿De dónde sacas tanta inspiración? Hoy has debido de tener un día magnífico para estar de tan buen humor —dije, aunque sabía que ella no llevaría bien madrugar.

—La vida es maravillosa, Gloria, y lo será para ti también cuando sepas quién estará muy cerca de nosotras.

—¿A quién has estado investigando ahora? ¿Cómo puedes dudar de que lo tuyo sea el periodismo de investigación? —Reíamos.

—Bueno, no tuve que trabajar demasiado mi faceta de investigadora: entré en el Facebook de Blanca, que ya ha vuelto de vacaciones, y nunca adivinarás lo que ha colgado. —Lo cierto es que no me imaginaba lo que había puesto y quizá ni quería saberlo—. Fotos del verano en la playa, y ha desvelado dónde se ha matriculado Raúl. —Me quedé helada—. ¡En Periodismo! ¡En nuestra universidad! ¿Te imaginas que el lunes quizás esté en nuestra clase?

Si tenía dificultades con mi cuerpo, ahora no podía moverlo. Raúl era mi sueño privado, el reto que no podría alcanzar.

—¡No fastidies! Hoy no tengo ánimo para bromas y no creo que lo vaya a tener.

—No es una broma, es en serio. Pensé que en el fondo te alegrarías con la noticia. Ese chico siempre te ha gustado, aunque nunca entenderé por qué. Es distante incluso

con su novia, o eso he oído comentar, pero bueno, tendrás al menos cuatro años para tratar con él.

—Pero ¿cómo puedes pensar eso? Quería una nueva vida, un cambio, no estar rodeada de la misma gente que ya conoce mis limitaciones. —Me aterraba enfrentarme al nuevo curso pero estaba decidida a hacerlo, hasta ahora—. Tiemblo solo de pensarlo. Él cree que soy un experimento fallido o algo por el estilo. Cada vez que me habla lo hace lentamente, como si creyera que yo necesito un tipo de lenguaje especial para entender lo que se me dice. Lo comprendo, porque solo he sido capaz de balbucear algún «sí, claro, tal vez» cuando me ha pedido algunos apuntes atrasados, el único tema de nuestras conversaciones.

—Pues lo siento, chica, pero la vida es así, está llena de casualidades con las que tenemos que aprender a lidiar. ¿Y qué quieres que te diga? Tampoco es el fin del mundo. Al fin y al cabo, habrá mucha gente nueva. De hecho, en el hipotético caso de que estuviésemos juntos, solo nos conocemos nosotros tres, el resto será gente nueva que no te cuestionará de primeras. Dudo incluso que nos vean, todos estaremos nerviosos por el comienzo.

—Bien, tienes razón, pero ellos eran las estrellas antes y lo serán también ahora.

—Por Dios, no exageres. Además, será solo Raúl. ¿Qué crees que puede hacer el primer día de clase? ¿Ponerse un neón que haga que todos miren en su dirección como si fuera un cartel de Las Vegas presentando un espectáculo? Además, cariño, tú también brillarías si quisieras hacerlo.

—No, Clara, yo brillaría si delante de mí no hubiera continuamente un gran nubarrón precedido por la niebla. —Menos mal que el sol, el parque y el paseo me habían agotado, no quería pensar más en ese terrible lunes.

Clara y yo éramos vecinas, vivíamos en un barrio céntrico de Madrid y nos conocíamos de siempre. Habíamos ido juntas al colegio desde el último curso de primaria, cuando ella llegó debido a un traslado de trabajo de su padre, que se dedicaba a gestionar centros comerciales. Lo habían destinado a uno nuevo que se abriría a mediados de ese

año en la salida norte de la ciudad. Su trabajo lo absorbía, y Clara pasaba más horas en mi casa con mamá y conmigo que en la suya, hasta que, con el tiempo, su padre incluso prescindió de la cuidadora de Clara, que era huérfana de madre. A ella no le gustaba recordar que su madre murió por un problema en el parto. Sufrió una hemorragia que los médicos no pudieron detener y su padre, por falta de tiempo o de ganas, no volvió a tener una relación con nadie. Desde que yo la conocía, jamás le dio importancia a la ausencia de su madre; la mía le prestaba todo el cariño maternal que necesitaba.

Nuestras vidas siempre habían ido parejas, pero al tiempo eran muy dispares. Cuando estábamos en el colegio, Clara era siempre la que armaba jaleo, la que me llevaba a fiestas y cumpleaños; todo el mundo la invitaba no porque fuera popular, sino porque era muy ocurrente y divertida. Pero ella se negaba a ir sin mí. Con el tiempo todo el mundo me incluyó en sus planes para que acudiera Clara, que se mostraba encantada de verme allí. Yo, con tal de no apenarla, disimulaba mi aburrimiento leyendo alguna revista o dibujando cualquier tontería. En secundaria fue más de lo mismo: los compañeros invitaban a Clara y yo iba detrás para que ella no se negara a ir o se sintiera culpable por dejarme atrás.

No solo nuestras actitudes eran distintas, también nuestros físicos. Aunque compartíamos más o menos la misma altura, un metro sesenta y cinco, Clara usaba una talla 38/40 que llenaba con sus curvas redondeadas, mientras que yo tenía que lidiar con una plana 36/38 que me costaba rellenar. Ella tenía una preciosa y abundante melena morena heredada de su madre, de origen argentino, y unos preciosos ojos azules rasgados; mi pelo era fino, castaño, y mis ojos marrones permanecían ocultos detrás de mis gafas. Mientras Clara llevaba camisetas que la hacían parecer sexi, yo me refugiaba bajo camisas amplias que no mostrarían mi cuerpo infantil.

Nunca la había envidiado, ni me había comparado con ella. Me sentía feliz y a gusto cobijada por mi amiga, mi

hermana; era un refugio perfecto hasta que llegó Raúl.

Decir que Raúl entró en mi vida sin que yo entrara en la suya es dolorosamente cierto, ya que él nunca me prestó atención, ni siquiera creo que supiera de mi existencia si no fuera por las veces que le pasé los apuntes de física, materia que él odiaba. Llegó en cuarto, el último curso de secundaria, y estudiamos juntos el bachiller. Digamos que no fui la única que se dio cuenta de que el chico nuevo estaba físicamente por encima de la media. Era alto y tenía el pelo oscuro, no demasiado corto ni muy despeinado. Sus grandes ojos verdes se veían realzados por sus elevados pómulos y su piel morena. Tenía la mandíbula cuadrada, los labios carnosos y una sonrisa devastadora que acompañaban un cuerpo fuerte y musculoso sin llegar a la exageración, fruto de horas de deporte. Con el tiempo supo que Raúl jugaba al baloncesto y al fútbol, y entre semana pasaba algunas horas en el gimnasio practicando artes marciales. Él, como yo, prefería mantenerse alejado de la gente, pero a mí no me veía nadie y a él no lo perdían de vista, aunque fuera callado y distante con casi todo el mundo. En clase mantenía una nota media de notable, lo que evidenciaba que no vivía centrado en su físico imponente. Las chicas estaban locas por él y les hacían corrillo a él y a sus amigos, pero la que consiguió salir con él fue Blanca, la preciosa y encantadora rubia de la clase. Fue la primera que se acercó a Raúl para ayudarlo a encajar en el grupo. Era de esperar que las cosas ocurrieran así, pero eso no me hacía más llevadero el hecho de haberme enamorado de un imposible.

Con todo, terminamos el bachiller, pero ahora deseaba un cambio, quería aire nuevo después de haber pasado los últimos tres años loca por un chico que no sabía que yo existía. No verlo nunca más habría sido una gran ayuda para olvidar lo que, sin duda, ya no podía denominar «alocado encaprichamiento juvenil».

Llamé al timbre de casa solo para avisar a mamá de que no venía sola, porque a ella le gustaba estar en casa con su pijama de franela lleno de osos sonrientes, de esos que vendían de oferta en los grandes almacenes, costumbre